

Reflexiones sobre los medios de comunicación de masas en la Europa moderna*

Peter Burke

Emmanuel College. University of Cambridge
St. Andrew's Street, Cambridge CB2 3AP, UK

Resumen

Este artículo muestra las reflexiones que Peter Burke se hace sobre los últimos estudios y la más reciente bibliografía aparecidos tras la publicación del libro *De Gutenberg a Internet: Una historia social de los medios de comunicación*, escrito por el propio Burke y A. Briggs sobre este tema. Sus reflexiones se centran y tratan la comunicación oral, los manuscritos, el debate Eisenstein sobre la revolución de la imprenta y sus consecuencias y la polémica Habermas sobre la esfera pública. Además, añade un tema no tocado en dicho libro, el de la historia de los consumidores de los medios de comunicación de masas en la Europa moderna, tanto si eran lectores como espectadores u oyentes.

Palabras clave: comunicación oral, revolución de la imprenta, manuscritos, polémica Habermas, consumidores de los medios de comunicación de masas.

Resum. Reflexions sobre els mitjans de comunicació de masses en l'Europa moderna

Aquest article mostra les reflexions que Peter Burke es fa sobre els últims estudis i la bibliografia més recent apareguts després de la publicació del llibre *De Gutenberg a Internet: Una història social dels mitjans de comunicació*, escrit pel propi Burke i A. Briggs sobre aquest tema. Les seves reflexions se centren i tracten la comunicació oral, els manuscrits, el debat Eisenstein sobre la revolució de la impremta i les seves conseqüències i la polèmica Habermas sobre l'esfera pública. A més, hi afegeix un tema no tractat en aquell llibre, el de la història dels consumidors dels mitjans de comunicació de massa a l'Europa moderna, tant si n'eren lectors com espectadors o oients.

Paraules clau: comunicació oral, revolució de la impremta, manuscrits, polèmica Habermas, consumidors dels mitjans de comunicació de massa.

Abstract. Reconsidering the Early Modern Media

This article shows Peter Burke's reflections about the last studies and the most recent bibliography turned up after the publication of the book *From Gutenberg to Internet: A social history of the media*, written by himself and A. Briggs. His reflections treat the oral communication, the manuscripts, the Eisenstein's debate about the printing's revolution and its consequences and the Habermas' controversy about the public sphere. Moreover, he adds a subject not treated in the book, the history of the massmedia consumers in the modern Europe.

Key words: oral communication, printing's revolution, manuscripts, Habermas' controversy, massmedia consumers.

* Traducción de Montserrat Jiménez Sureda.

El libro *De Gutenberg a Internet: Una historia social de los medios de comunicación* (Taurus, Madrid, 2002), que publiqué conjuntamente con el profesor Asa Briggs, pretendía ser una introducción a la cuestión de los sistemas de comunicación de masas durante los últimos quinientos años. Aquella obra quería ser una «breve» introducción al tema e iba dirigido a un público universitario de estudiantes de historia y de periodismo, mayoritariamente. El título original había sido *Breve historia de los medios de comunicación de masas*, pero, cuando el profesor Briggs se presentó con un texto el doble de extenso de lo esperado, el título se adecuó a lo que estábamos intentando hacer.

Los tres años que han mediado entre la publicación del libro en su inglés original y el momento actual constituyen un espacio de tiempo demasiado breve para un arrepentimiento serio, pero constituyen un espacio de tiempo oportuno para reflexionar sobre las más recientes contribuciones —entre las cuales se incluyen los libros y los artículos inventariados en una bibliografía que aporéo— a un campo cuyo conocimiento se está expandiendo con rapidez¹.

Voy a dividir estas reflexiones en tres partes. En el apartado que me tocó hacer del libro, seguí la estrategia de concentrarme en un pequeño abanico temático. Me dediqué a analizar dos temas, dos debates, que pueden ser descritos como el debate Eisenstein, sobre la revolución que supuso la imprenta y las consecuencias que ésta tuvo, y el debate Habermas, sobre el nacimiento de la esfera pública. En las reflexiones que me propongo hacer ahora, me gustaría añadir un tercer tema a los otros dos, un tema que ya había considerado incluir en el libro en su momento, pero al que me vi obligado a prescindir por razones de espacio. Este tercer tema es el de la historia de los consumidores de los medios de comunicación de masas, ya sean éstos lectores, espectadores u oyentes. En los tres casos, intentaré incluir las aportaciones de estudios recientes, hayan estado o no sus autores sensibilizados con las cuestiones que nos habíamos propuesto desarrollar en *Una historia social de los medios de comunicación*. La mayor parte de mis reflexiones se referirán a la Europa moderna, aunque no voy a desdeñar algunas comparaciones con otras culturas, especialmente las referidas al mundo islámico.

I

Para contribuir al largo debate sobre la revolución de la imprenta y las consecuencias que ésta tuvo, es importante remarcar que la imprenta no debe ser analizada como un hecho aislado. Tanto para la época moderna como para la actualidad, la estrategia más efectiva e iluminadora es la de estudiar los medios de comunicación de masas en bloque, como un sistema las partes constituyentes del cual están constantemente interactuando. En la época moderna, esto implica que necesitamos considerar la interacción entre la comunicación oral, la comunicación manuscrita y la comunicación impresa. En el caso de los manuscritos e impresos,

1. Esta bibliografía ha recogido, en su mayor parte, libros y artículos publicados desde 2001, fecha en que se imprimió, por vez primera, nuestro libro. Sólo he incluido los libros y artículos anteriores que tienen una relevancia particular para las ideas que desarrollo en este texto.

necesitamos analizar la interacción entre la comunicación visual y la comunicación textual como ha hecho Peter Wagner en su estudio de lo que ha dado en llamar «iconotextos», esto es, mensajes que combinan palabras e imágenes tal como lo hicieron muchos de los primeros impresos².

Las reflexiones siguientes van a centrarse en la oralidad, los manuscritos y los impresos.

La comunicación oral ha sido tratada conjuntamente con la manuscrita y la impresa en algunos libros recientes, de entre los que destacan el análisis de la América colonial de David Shields y el volumen sobre la Inglaterra moderna de Adam Fox. Shields, por ejemplo, ha emplazado la poesía en el contexto de la sociabilidad, remarcando que, a menudo, los poemas eran compuestos para ser leídos en voz alta a las amistades³. Un segundo tema que se ha debatido recientemente es el del rechazo de la tradición oral por parte del mundo académico de la época moderna. La tradición oral ha perdido importancia en la actualidad, sin embargo, ha sido considerada como una fuente incuestionable para los estudios sobre el pasado⁴.

Un tercer tema que continua atrayendo la atención de los estudiosos es el del «descubrimiento» de la cultura oral que se hizo a finales del siglo XVIII como parte del descubrimiento más genérico de lo primitivo y lo popular⁵. Mis aportaciones al descubrimiento de la cultura popular se remiten al libro que publiqué en 1978, pero, en la actualidad, debo reconocer que no dediqué la atención a la oralidad que han dedicado otros autores como Robert Wood, cuyo *Ensayo sobre el genio original de Homero (An essay on the original genius and writings of Homer)* enfatiza el analfabetismo del vate.

Una interesante y reciente idea es la de que la revaloración de la oralidad rimada por parte de los intelectuales del siglo XVIII fue una respuesta a la marea de impresos baratos. A medida que las tradiciones orales fueron percibiéndose como amenazadas, fueron cada vez más apreciadas. Por ejemplo, Tomás Percy, famoso por sus estudios sobre las baladas orales, detestaba las versiones impresas de las mismas que circularon en su tiempo y catalogó a su colección como «reliquias», en el sentido de objetos dignos de veneración, toda vez que despojos parciales del pasado. De una manera similar, otro estudioso dieciochesco de las baladas, José Ritson, en sus *Canciones escocesas (Scottish songs)* de 1794, describe estas baladas como «reliquias de genios desaparecidos»⁶.

Wood, Percy y Ritson estudiaron la tradición oral mediante los manuscritos. Los manuscritos de la época moderna han continuado atrayendo a estudiosos del mundo académico —son conocidos los casos de Fernando Bouza en España y de Mario Infelise y Brendan Dooley en Italia⁷—. Estos recientes estudios son ricos en detalles nuevos y fascinantes. Dooley, por ejemplo, ha descubierto que la biblioteca de un monasterio benedictino de la Roma del siglo XVII prestaba libros prohi-

2. Wagner (1995).

3. Shields (1997) y Fox (2000).

4. Woolf (1988).

5. Burke (1978).

6. Hudson (1996).

7. Bouza (2001), Infelise (2002) y Dooley (2002).

bidos y entre los que acudían a beneficiarse de tal servicio se incluían un censor oficial y diversos escribanos profesionales.

Por lo que respecta a interrogantes más genéricos, los nuevos análisis han solido confirmar los argumentos de Harold Love y otros estudiosos conforme los manuscritos eran medios flexibles —interactivos, diríamos hoy— de comunicación, a través de los cuales los escribanos se permitían amplificar, suprimir o adaptar de cualquier otra manera los textos que copiaban para ajustarlos a sus propias intenciones. Así se explica que un análisis reciente de los manuscritos filosóficos clandestinos de la Ilustración los describa más como una macedonia de textos que como una copia fiel⁸.

Otra cuestión destacada ha surgido a partir de un estudio reciente sobre El Cairo en la época moderna. Hace más de medio siglo, el historiador americano Louis B. Wright se refirió al ascenso de lo que él llamaba «la cultura de la clase media» en el Londres isabelino. Tal cultura se basaba en libros publicados en la lengua vernácula, opuestos a las obras en latín vinculadas a la alta cultura y a la cultura oral del pueblo. De manera similar, Nelly Hanna argumenta que una cultura urbana o la cultura de la clase media se desarrolló en El Cairo sin el apoyo de la imprenta, gracias al hecho de que los manuscritos eran baratos⁹.

Por otro lado, el debate sobre lo que se ha dado en llamar «la revolución de la imprenta» continúa, tal y como lo demuestra la polémica entre Elizabeth Eisenstein y Adrian Johns en el número correspondiente al año 2002 de la *American Historical Review*. En la polémica, se han reiterado posturas anteriores sobre la importancia relativa de la estructura de las empresas o sobre la fluidez y el inmovilismo de las mismas. Pero, ¿se aportó alguna novedad al debate?

Para empezar, el debate ha problematizado el concepto de «cultura impresa». Este término es una simplificación conveniente que abraza un conjunto de fenómenos interrelacionados, pero, aun así, es un término peligrosamente vago. Tan vago como «cultura de la violencia», «cultura del miedo», «cultura del mérito» y tantas otras expresiones acuñadas, aproximadamente, en los últimos veinte años en el mundo anglosajón. Eisenstein, a quien se debe la expresión «cultura impresa», ahora se lamenta de que se ha usado en tantos contextos que, virtualmente, ha perdido su significado original¹⁰.

En segundo lugar, el debate sobre la «revolución» de la imprenta se ha ampliado hasta enfatizar sobre las vías a través de las cuales la invención de la imprenta fue percibida, en la misma época moderna, como un evento que había de tener consecuencias de extraordinaria trascendencia. Así, se escribieron poemas dedicados a conmemorar el cincuentenario y el centenario de la invención de la imprenta, que se situaban en 1490 y 1540, respectivamente¹¹. En 1640, una feria de impresores celebrada en Leipzig, como si de un jubileo tipográfico se tratase —de hecho se convocó así, como *jubilaeum typographicum*—, celebró el bicen-

8. Israel (2001, p. 685).

9. Hanna (2003).

10. Eisenstein (2002, p. 88) y Johns (2002, p. 107).

11. Giesecke (p. 134).

tenario de la invención de la imprenta¹². La historia de la imprenta de Mallinckrot se publicó en 1639 con ocasión de este bicentenario. De manera similar, la *Historia de los orígenes y de los primeros progresos de la imprenta (Histoire de l'origine et des premiers progrès de l'imprimerie)*, de Próspero Marchand, se publicó en La Haya en 1740 para conmemorar el tricentenario de esta nueva tecnología.

La cuestión del inmovilismo de los textos impresos se halla todavía en entredicho. El mayor peligro es el de idealizar la fluidez textual, por reacción contra las tesis simplificadoras de la generación de historiadores que nos antecedió. En la actualidad, se nos recuerda constantemente que cada copia de un libro impreso en la época moderna era diferente a causa de continuas correcciones en su contenido. Por lo que respecta al inmovilismo lingüístico, incluso el famoso *Diccionario de la Academia Francesa de 1694*, que se suponía diseñado para fijar unos patrones ortográficos homogéneos, deletreaba las mismas palabras de diferente manera a lo largo de sus páginas, dependiendo de quien las hubiese elaborado¹³.

II

La esfera pública: en mi capítulo acerca de la esfera pública del libro *De Gutenberg a Internet*, hice algunas críticas a Habermas, sobre todo al distinguir lo que llamé esfera «coyuntural» o temporalmente pública de la esfera «estructural» o permanentemente pública. De todos modos, en estos últimos años, los historiadores han criticado tanto las obras de Habermas que ahora me hallo en la posición de defenderle con los mismos argumentos con los que defendí a Norbert Elias. Aun cuando sus afirmaciones históricas fuesen falsas, sus conceptos son suficientemente buenos como para ser tenidos en cuenta.

A pesar de lo dicho, participo de la crítica que se hace a Habermas porque «presenta sus conclusiones basándose en excepciones»¹⁴. Incluso teniendo en cuenta que Habermas es capaz de distinguir entre diversas esferas públicas, entre las cuales destaca la esfera pública burguesa, esto lo hace pensando en términos de un nacimiento o un crecimiento dramático de la esfera pública en Europa occidental a finales del siglo XVIII.

En este punto, es útil prestar atención al revisionismo de Melton. En *El nacimiento de la esfera pública en la Europa de la Ilustración (The rise of the public in Enlightenment Europe)*, que trata del mismo período y de la misma zona (Gran Bretaña, Francia y las tierras germanoparlantes), James Melton resume las críticas más recientes a Habermas y trata a la vez de usarlo y de ir más allá que él. Melton remarca, por ejemplo, que Habermas no dio demasiada importancia a la religión en su modelo de esfera pública y saca a colación la controversia jansenista que tuvo lugar en el siglo XVIII para ilustrar este punto. Como a los primeros críticos de Habermas, a Melton no le satisface el contraste simplista entre la esfe-

12. Eisenstein (1992) reprodujo la portada del volumen que describía esta feria.

13. Catach, Nina (2001). *Histoire de l'orthographe française*. Paris: Slatkine-Honoré Champion, p. 175.

14. Schudson (2002, p. 483).

ra pública burguesa y los espectáculos generados en las cortes absolutistas y remarca que tales espectáculos estaban «diseñados para impresionar a una audiencia mayor» que la compuesta por cortesanos y embajadores. El espacio que Melton asigna a las mujeres en su historia del nacimiento de la esfera pública constituye otra crítica implícita a Habermas.

De igual modo, Melton enriquece las explicaciones tradicionales del nacimiento de la esfera pública buceando en la masa de las investigaciones más recientes sobre la historia del libro y de los lectores (sin olvidarse de los espectadores de las obras de teatro) y enlazando las conclusiones que de tales análisis se derivan con los debates más recientes acerca de la comercialización del ocio y el nacimiento de la «sociedad de consumo» en el siglo XVIII.

Con todo, la parte más original de la obra de Melton es seguramente su tercer apartado, titulado «ser sociable». Habermas subrayó en su día la importancia de los locales particulares de las ciudades como lugares favoritos para todas aquellas actividades conectadas con la esfera pública. Basándose en recientes investigaciones francesas y angloamericanas sobre la historia de la sociabilidad, Melton va más allá, investigando con una remarcable profundidad la cultura política de los salones, las tabernas, las cafeterías y las logias masónicas. La importante contribución del café y el alcohol al nacimiento de lo que conocemos como «sociedad civil» no había sido descrita nunca con tal riqueza de detalles y efectividad como la describe Melton.

Otras monografías recientes basadas en la Inglaterra moderna implican o sugieren modificaciones a la teoría de Habermas sobre la esfera pública. De entre ellas, me gustaría destacar dos: los libros de Alastair Bellany y David Zaret. Bellany ha focalizado su investigación en el impacto que los escándalos tenían en la corte a través de lo que él llama «la cultura de las nuevas» del siglo XVII. Zaret, en cambio, ha dedicado su atención a las peticiones que recibió el Parlamento de Inglaterra durante el período de la guerra civil. A ambos autores les ha interesado la participación popular en política a través de la lectura y la escritura. Consiguientemente, ambos autores sugieren que el nacimiento de la esfera pública tuvo lugar en el siglo XVII y no en el XVIII —como había afirmado Habermas¹⁵.

De todas maneras, lo que quisiera enfatizar es una idea más genérica sobre la necesidad de usar el término «esfera pública» en plural, distinguiendo entre diferentes tipos de esfera pública —masculina y femenina, urbana y rural, burguesa y proletaria, y así sucesivamente—. De hecho, resulta determinante el advertir que necesitamos pensar en términos no de una simple presencia —o ausencia— de la esfera pública, sino de su importancia relativa y de su particular emplazamiento en una determinada cultura. De hecho, todas las culturas tienen sus propias esferas públicas, formales o informales, con independencia de lo autoritario que pueda ser su régimen político.

Una muestra de este argumento es el caso de las mujeres en muchas sociedades islámicas. Aunque sea yendo a buscar agua o hablando con sus vecinas desde una terraza a la otra, las mujeres se las han ingeniado para intercambiar pareceres. Su esfera es muy reducida, pero existe.

15. Bellany (2002) y Zaret (2000).

Recuerdo que hice esta misma aseveración cuando estaba impartiendo un curso en la Universidad de Bolonia y un periodista terció, ¿y qué me dice de las mujeres afganas bajo los talibanes? Una posible respuesta a esta objeción podría hallarse en un libro de reciente aparición escrito por una periodista británica sobre «los corros de mujeres que cosían en Herat», unos grupos de mujeres que escondían otros objetivos ajenos a la costura, puesto que aquellas mujeres, en realidad, se encontraban para leer y discutir literatura extranjera, un acto que puede considerarse político, precisamente porque hacer tal cosa estaba prohibido¹⁶.

Para la esfera pública islámica en general, el nacimiento de los nuevos medios de comunicación de masas tales como cintas magnetofónicas o cintas de vídeo ha espoleado un debate religioso de tal magnitud que algunos comentaristas occidentales lo comparan a lo que supuso la Reforma en el continente europeo¹⁷.

III

Finalmente, voy a abordar un tema que Briggs y Burke omitieron por razones de espacio. Se trata del análisis de la historia de los consumidores de los medios de comunicación de masas, ya sean éstos lectores, espectadores u oyentes.

El auge reciente de la historia de la lectura seguramente constituye uno de los más importantes desarrollos de la historia de los medios de comunicación de masas y ha ayudado a ésta a integrar otros sectores de historia —cultural, social y política—. En los últimos años, se han publicado o se están ultimando voluminosas historias del libro y la lectura en Francia, en Gran Bretaña y en otros países. En el caso de los Países Bajos, este proyecto es accesible desde la red informática. Las obras de Roger Chartier, Robert Darnton y otros estudiosos son demasiado conocidas como para iniciar un debate sobre ellas, de modo que voy a concluir con unas precisiones sobre mis propias investigaciones.

La historia del lenguaje y del intercambio cultural me condujo a la historia de las traducciones o, como yo prefiero llamarla, la historia cultural de las traducciones, puesto que considero las traducciones entre diferentes idiomas como casos especiales de traducciones entre culturas diferentes. Al iniciar mis investigaciones y, como trabajo de campo, decidí prestar atención a las traducciones de los textos de los historiadores que se hicieron en la Europa moderna y a la manera en que estas traducciones se presentaron a los lectores, mediante prefacios, notas, índices, ilustraciones, etc.

Un ejemplo particularmente interesante de este proceso de traducción cultural lo constituye el éxito internacional que obtuvo la famosa historia de Italia de Francisco Guicciardini. La edición original y póstuma de la *Historia de Italia* publicada en Florencia entre 1561 y 1564 no se basa en un texto completo, sino en un texto censurado y los cortes de esa censura fueron debidos a Bartolomé Concini, el secretario del duque de la Toscana. Este libro apareció sin una «digresión» importante sobre los orígenes del poder temporal de los papas, sin comentarios sobre los

16. Lamb (2002).

17. Eickelman y Anderson (1997, 1999).

cónclaves y sin un retrato de León X. Sin embargo, un hiriente retrato de Alejandro VI fue mantenido —aunque se eliminó en una traducción española hecha por Flórez de Benavides en 1581—, ya que estos cortes solían hacerse por razones religiosas o «nacionales» y Alejandro VI, Rodrigo de Borja, antes de ser papa, era valenciano. Otra traducción española de Guicciardini fue hecha por el rey Felipe IV, aunque ésta última no se entregó a la imprenta, sino que formaba parte de la educación política del entonces príncipe.

El pasaje ofensivo sobre el poder temporal de los papas se publicó por separado y en latín, francés e italiano en la ciudad de Basilea en el año 1569 por Pedro Perna, el refugiado protestante de Luca que había publicado ya la traducción de Curio. Este texto fue reintegrado al original en las últimas traducciones del mismo al francés y al inglés y en la edición italiana de 1621 que se publicó en Ginebra.

Aunque Guicciardini fue el autor del pasaje censurado, podemos afirmar que su aparición impresa revela una lectura protestante de su obra. Él la escribió en la década de 1530 y murió en 1540, en un momento en el que parecía que la brecha entre católicos y protestantes podía ser reparada. Con su aparición una generación después y con el énfasis que le otorgaba la publicación como entidad separada del original del cual formaba parte, la crítica al poder del papa fue percibida como mucho más radical de lo que, en realidad, era. Hasta el punto que se podría afirmar que los lectores protestantes empezaron a ver en Guicciardini a un aliado.

Bibliografía

- BELLANY, Alastair (2002). *The politics of court scandal in early modern England*. Cambridge: Universidad de Cambridge.
- BOUZA, Fernando (2001). *Corre manuscrito: Una historia cultural del Siglo de Oro*. Madrid: Marcial Pons.
- BURKE, Peter (1991). *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid: Alianza.
- DOOLEY, Brendan (2002). *Morandi's last prophecy and the end of Renaissance politics*. Princeton: Universidad de Princeton.
- DOOLEY, Brendan; BARON, Sabrina (eds.) (2001). *The politics of information in early modern Europe*. Londres: Routledge.
- EICKELMAN, Dale F.; ANDERSON, Jon W. (1997). «Print, Islam and the prospects for civic pluralism: new religious writings and their audiences». *Journal of Islamic Studies*, núm. 8, p. 43-62.
- (eds.) (1999). *New media in the Muslim world: The emerging public sphere*. Bloomington: Universidad de Indiana.
- EISENSTEIN, Elizabeth (2002). «An unacknowledged revolution revisited». *American Historical Review*, núm. 107, p. 87-105.
- (2002). «Reply». *American Historical Review*, núm. 107, p. 126-128.
- FOX, Adam (2000). *Oral and literate culture in England, 1500-1700*. Oxford: Clarendon.
- FOX, Adam; WOOLF, Daniel (eds.) (2003). *The spoken world. Oral culture in Britain, 1500-1850*. Manchester: Universidad de Manchester.
- HANNA, Nelly (2003). *In praise of books: A cultural history of Cairo's middle class, sixteenth through eighteenth century*. Siracusa: Universidad de Siracusa.

- HUDSON, Nicholas (1996). «Oral tradition. The evolution of the eighteenth century concept», en RIBEIRO, Álvaro; BASKER, James (eds.). *Tradition in transition*. Oxford: Clarendon, p. 161-176.
- INFELISE, Mario (2002). *Prima dei giornali*. Roma: Laterza.
- ISRAEL, Jonathan (2001). *Radical enlightenment*. Oxford: Universidad de Oxford.
- JOHNS, Adrian (1998). *The nature of book*. Chicago: Universidad de Chicago.
- (2002). «How to acknowledge a revolution». *American Historical Review*, núm. 107, p. 106-125.
- LAMB, Christina (2002). *The sewing circles of Herat*. Londres: Harper Collins.
- McKITTERICK, David (2003). *Print, manuscript and the search for order, 1450-1830*. Cambridge: Universidad de Cambridge.
- MELTON, James van Horn (2001). *Politics, culture and the public sphere in Enlightenment Europe*. Cambridge: Universidad de Cambridge.
- SCHUDSON, Michael (2002). «News, public, nation». *American Historical Review*, núm. 107, p. 481-495.
- SHIELDS, David S. (1997). *Civil tongues and polite letters in British America*. Chapel Hill: Universidad de Carolina del Norte.
- WAGNER, Peter (1995). *Reading iconotexts from Swift to the French Revolution*. Londres: Reaktion Books.
- WOOLF, Daniel R. (1988). «The common voice. History, folklore and oral tradition in Early Modern England». *Past and Present*, núm. 120, p. 26-52.
- ZARET, D. (2000). *Origins of democratic culture: Printing, petitions and the public sphere in Early-Modern England*. Princeton: Universidad de Princeton.